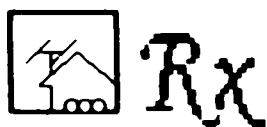


La televisión y los niños. ¿Una relación incomprensida?

Alfonso Gutiérrez



Ni el niño es totalmente pasivo y dependiente ante los medios de comunicación —especialmente la televisión—, ni su relación activa implica una total independencia. Aquí podemos aplicar la vieja fórmula ecológica de Lewin (conducta = interacción entre sujeto y entorno). Probablemente una acción más desprejuiciada, decidida y relevante del educador pueda ayudar a que el resultado siga el camino de una mejor construcción humana. En esta línea de reflexión se sitúa este artículo, que relativiza alguna de las actuales creencias sobre el niño -versus- televisión.

Apenas podemos resistir la tentación de comenzar este artículo haciendo referencia a cualquiera de esos numerosos y fríos estudios estadísticos que arrojan cifras alarmantes sobre el tiempo que los escolares dedican a ver la televisión. En casi todos ellos el número de horas que los niños pasan delante de la pequeña pantalla se compara con el que los niños dedican a otras actividades de su vida diaria, incluida la escuela, con lo que se acentúa el dramatismo de la situación. Pero vamos a dejarnos de números para evitar que su impacto pueda conducirnos a la fácil e inadmisibile postura de llevarnos las manos a la cabeza y deshacernos en lamentos sobre nuestra pretendida impotencia ante al poder hipnótico y cuasidemoniaco de la televisión sobre nuestros indefensos muchachos.

La influencia de los medios de difusión social, y de forma especial la televisión, en los niños es ciertamente un hecho cuya importancia no puede pasar desapercibida a ningún educador. Pero si una postura de indiferencia, por una parte, sería irresponsable, también lo sería por otra, una actitud totalmente negativa y no comprometida, una actitud que en la mayoría de los casos supone desacreditar el medio y dar la espalda a sus posibles efectos en la sociedad en que vivimos y en la que han de vivir los que ahora educamos.

La televisión en la vida del niño

La influencia de la televisión en la vida de los niños es doble: Por una parte la ubicuidad del medio, la presencia de al menos un receptor de televisión en casi todos nuestros hogares condiciona decisivamente la interacción familiar y social tanto de niños como de adultos. Se culpa a la televisión de que se hable menos entre padres e hijos, entre esposos...; de que a los niños no les quede tiempo para jugar con sus hermanos o amigos, para leer o hacer los deberes escolares, etc. Los profesores también han apuntado que, por quedarse viendo la televisión hasta altas horas de la noche, muchos niños no descansan lo suficiente como para obtener un rendimiento escolar satisfactorio.

Por otra parte, y además de esta influencia indirecta por desplazamiento de actividades, habría que considerar la influencia más directa de los contenidos televisivos en la formación de nuestros niños, cómo los comportamientos observados, los valores implícitos y el poder de la imagen pueden afectar al desarrollo de la personalidad y la formación cultural de los niños y jóvenes de las distintas edades.

La televisión dirigida al niño

Los posibles efectos de los contenidos de los programas de televisión, sobre todo en lo referido a sexo y violencia, han sido un tema que ha preocupado a los expertos y a la sociedad en general ya desde la aparición de este medio. En opinión de Buckingham¹, nos quedaríamos cortos si calculamos unos cinco mil estudios publicados en inglés sobre la televisión y los niños desde que la pequeña pantalla se introdujera en Estados Unidos a principios de los cincuenta. Las conclusiones de gran parte de estos estudios, y la tónica predominante de las innumerables referencias que se han hecho en todo tipo de publicaciones sobre el papel de la televisión en nuestra sociedad, indican la clara existencia de una mayor o menor influencia sobre niños y adultos, y coinciden con la opinión generalizada de considerar esta influencia negativa en la mayoría de los casos.

Se ha acusado seriamente a la televisión de ser «*un instrumento de control utilizado por las instancias del poder*» (Mander) para «*configurar el alma de sus espectadores*» (Novak), para «*modificar la naturaleza y las funciones sociales de la ideología de nuestra sociedad capitalista*» (Douglas), o imponer «*una cultura homogénea, unificadora y centralista*» (Hirsch)^{2,3}.

La mayor parte de los primeros investigadores consideraron la relación entre la televisión y los niños como una relación de causa-efecto, y centraron sus esfuerzos en comprobar de qué forma y en qué medida lo que el niño ve en la pantalla afecta por una parte a sus actitudes y comportamientos y por otra a sus creencias y valores.

La importancia alcanzada por Albert Bandura con su *teoría del aprendizaje social* en los años sesenta, según la cual los niños, y de modo similar los adultos, pueden adquirir actitudes, conductas y estilos de comportamiento por imitación de modelos filmados, generó una cierta preocupación por la posible influencia negativa de las películas y dibujos animados violentos emitidos por televisión. El experimento más popular del equipo de Bandura fue sin duda el del *tentetieso*, donde a un grupo de niños se les proyectaba una película en la que un adulto aparecía golpeando alegremente a

un tentetieso con un mazo. Seguidamente se provocó la frustración de los niños mostrándoles atractivos juguetes que no se les permitía coger. Y, finalmente, se les dejó en una habitación donde, entre otros juguetes y utensilios, había un tentetieso y un mazo similares a los aparecidos en la proyección. Los investigadores pudieron comprobar cómo estos niños observaban un conducta más agresiva y atacaban al tentetieso con el mazo más a menudo que los del grupo de control, que no habían visto la película, en la misma situación.

Este tipo de *experimentos de laboratorio* ha sido ampliamente descalificado por la artificialidad de las situaciones experimentales, por considerar a los niños incapaces en muchos casos de distinguir entre la fantasía de unos dibujos animados y la realidad, y por las muchas variables incontrolables que intervenían en ellos. Así lo prueba la conocida anécdota de la niña que, en su primera visita al laboratorio de Bandura, al ver el tentetieso del experimento al que nos hemos referido, comentó a su mamá: «Mira, ese es el muñeco al que tenemos que pegar».

El niño se dirige a la televisión

Cuando la relación entre medio y audiencia se define en términos de influencia, o de causa-efecto, se está considerando a los televidentes, y más frecuentemente si éstos son niños, como pasivos e indefensos consumidores, como esponjas que absorben sin más cualquier cosa que les echen. Pero no parece ser ésta la realidad. Pronto se dejó notar en los resultados de los experimentos sobre la influencia de la televisión que las diferencias personales y sociales de los individuos jugaban un papel importante en la variedad de respuestas a un mismo estímulo. Esto hace que se modifique el planteamiento base y el sentido de la relación: El objeto de estudio ya no son **los medios**, que influyen en los usuarios, sino **los usuarios**, que conscientemente controlan y seleccionan los medios según sus intereses y necesidades. Estas necesidades, de información y diversión principalmente, cuya satisfacción busca el niño en la televisión y en los medios de difusión han sido clasificadas por Katz en *cognitivas, afectivas, de integración personal y de liberación de tensiones*. De Fleur y Ball-Rokeach por su parte distinguen tres tipos de necesidades: *la de comprender el entorno social de uno mismo, la de actuar en él con sentido y eficacia, y la necesidad de fantasía como escape de las tensiones y problemas diarios*⁴.

Habremos dado ya un primer paso importante si, a la sombra de esta teoría de «Usos y Gratificaciones», abandonamos la idea de que nuestros niños son unos pobrecitos indefensos y víctimas de la «comedura de coco» a la que se les somete con la televisión, y les consideramos como seres racionales con capacidad de elegir diferentes tipos de programas de acuerdo con su edad, sus gustos, intereses y necesidades.

¿Los contenidos televisivos controlan la mente pasiva y meramente receptora del niño, o es el niño quien, de forma activa, controla y digiere esos contenidos?

Las investigaciones de la Psicología Cognitiva demuestran que la relación que se establece entre el niño telespectador y la televisión es algo mucho más complejo que una mera transmisión de contenidos como si de «llenar» mentes vacías se tratase. Podemos observar a los niños quietos, calla-

dos y absortos cuando ven la tele, pero la falta de actividad física no supone de ningún modo la inactividad mental. En realidad el niño-espectador está realizando una actividad consciente de gran importancia que supone procesar, interpretar y evaluar información. Son varios los investigadores que están estudiando la interacción de los procesos mentales del niño con el mensaje televisivo, y sus implicaciones para la educación. Los lectores interesados en profundizar sobre el tema pueden consultar autores como Gabriel Salomon, Aimée Dorr o Bog Hodge y David Tripp, por citar sólo algunos de los más destacados ⁵.

El papel del educador

En la medida en que lleguemos a conocer los procesos mentales que el niño hace intervenir en su personal interpretación de lo que ve en la televisión, seremos capaces de utilizar el enorme potencial educativo de este medio y otros similares, así como de ayudar a nuestros jóvenes a aprender a defenderse de sus posibles negativas influencias.

Es mucho el camino que queda por recorrer en este sentido. Mientras tanto todos, las instituciones implicadas y educadores de todo tipo, podemos ir contribuyendo a mejorar la situación.

Como padres no podemos conformarnos con establecer un horario que limite el tiempo de televisión de nuestros hijos, casi siempre con la intención de mantener el difícil equilibrio entre premios y castigos. Seleccionar y comentar los programas con los hijos desarrollará su espíritu crítico e influirá decisivamente en su interacción con los contenidos de dichos programas.

Como profesores debemos ya, y de una vez por todas, dejar a un lado la idea tan extendida de la televisión como rival de la escuela en la cotidiana lucha de ambas por el tiempo y la atención de los niños. Esta postura, producto más de una sensación de impotencia que de un análisis crítico y serio del medio, crea una absurda barrera entre la escuela y los medios de difusión social, a los que, no sólo deberíamos perder el respeto, sino que debemos introducirlos en nuestras aulas. Y esto por dos poderosas razones: por sus posibilidades instructivas y educativas, y porque son, y seguirán siendo cada vez más decisivamente, parte integrante de la vida de nuestros alumnos.

Notas

¹ BUCKINGHAM, D. (1987). *Children and Television. An overview of the research*. Ponencia en la Escuela de Verano del *British Film Institute*, en Londres.

² MANDER, J. (1984). *Four arguments for the elimination of television*. Nueva York, William Morrow. Publicado en España por Gedisa, 1984.

³ En los artículos de dichos autores recogidos por NEWCOMB, H. (editor) en *Television. The Critical View*. Oxford University Press, 1976.

⁴ Citado en FISKE, J. y HARTLEY, J. (1978). *Reading Television*. Methuen, London-New York.

⁵ SALOMON, G. (1979). *Interaction of Media, Cognition, and Learning*. Jossey-Boss, Inc., Publishers, California.

— DORR, A. (1986). *Television and Children*. Sage Publications, Inc., California.

— HODGE, B. y TRIPP, D. (1986). *Children and Television. A Semiotic Approach*. Polity Press, Cambridge. De reciente aparición en castellano.

La televisión y los niños. ¿Una relación incomprendida?

A. Gutiérrez.

CL&E, 1990, 5, pp. 25-29

Resumen

En este artículo el autor se refiere a la compleja interacción que se produce entre los niños y la televisión. Se hace referencia en primer lugar a la presencia de este medio en nuestra vida diaria y su influencia directa e indirecta en el desarrollo del niño.

Se pone también de relieve lo precipitado de muchas opiniones descalificadoras de la televisión a la que se acusa ser un medio «pasivo», y se plantea la relación del telespectador con los contenidos que se le presentan como una interacción, donde el niño desarrolla una importante actividad mental.

Por último el autor pone de relieve la necesidad de que padres y educadores adopten una postura abierta y responsable sobre el papel que las nuevas tecnologías pueden jugar en el mundo educativo y en el futuro de nuestros niños.

Datos sobre el autor: Alfonso Gutiérrez es licenciado en Ciencias de la Educación y DPSE en Educational Technology por el Thames Polytechnic de Londres. Actualmente está realizando un MPhil-PhD sobre Televisión Educativa y Enseñanza de Idiomas en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres y trabaja en la Consejería de Educación de la Embajada de España en Londres.

Dirección: 103 Bourne Terrace, London W2 6PB.

© De todos los artículos. Deberá solicitarse por escrito autorización de CL&E y de los autores para el uso en forma de facsímil, fotocopia o cualquier otro medio de reproducción impresa. CL&E se reserva el derecho de interponer las acciones legales necesarias en aquellos casos en que se contravenga la ley de derechos de autor.

